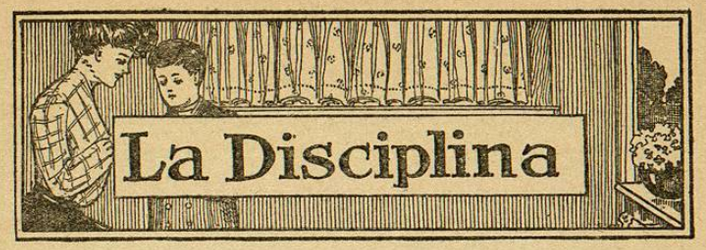
á lavar, planchar, coser, limpiar, fregar, barrer, desempolvar; y cuando la madre esté cansada ó enferma, las niñitas pueden ayudarle á sostener parte de la carga que pesa sobre sus caras espaldas, y servirle de gran consuelo. Además en los años venideros ellas sabrán mejor cómo hacer sus propios hogares agradables y atractivos.



CLEMENCIA

El amor, la clemencia y la justicia deberían ser los medios predominantes en el trato de los niños. Se les necesita sobre todo como norma cuando los padres tienen el doloroso deber de castigar á sus niños por alguna mala acción. Mientras que el niño no llegue á la época de la responsabilidad, los padres desempeñan ante él el lugar de Dios. Las ideas que él tendrá en su vida tocante al amor, clemencia y justicia de Dios son formadas más de lo que nos damos cuenta por el modo de obrar de los padres.

Á la mayoría de los padres les disgusta sobremanera infligir á sus hijos castigos corporales, y esto causa, por una parte, descuido, y relajación, y por la otra á tratamientos sumarios y tal vez brutales y á palabras duras, cuando el niño ha estado especialmente provocativo. Ambos extremos son igualmente desastrosos para el futuro bien del niño. Los niños que no son educados y corregidos propiamente pronto asumen el gobierno de la casa, y se hacen casi intolerables donde quiera que estén. Crecen tercos, groseros y malos, y se vuelven la deshonra de sus hogares y de la socieded. Si por otro lado, sólo se les castiga bajo el estímulo de la

pasión, dándoles golpes y bofetadas, aunque ello pueda causar satisfacción momentánea al padre exasperado, ningún bien puede resultar de ello al niño. Sólo se le enseña á golpear, reñir y á dar rienda suelta á su mal humor, y la disciplina de los padres sólo se extiende al tiempo cuando el niño á su vez pueda golpear á su padre. Entonces se cambian los roles, el muchacho asume el gobierno, y los padres están expuestos á que se les devuelva su método sumado con los intereses.

CUAN TEMPRANO SE DEBERIA EMPEZAR A DISCIPLINAR

Esta cuestión es para las madres una de las más comunes y más difíciles de resolver. La falta de una contestación correcta es la razón más común por qué los niños están mal educados. No es raro ver á niños de seis meses á dos años tiranizando á todos los miembros de una familia y sin que aparentemente haya cómo remediarlo. Esta condición antinatural de cosas es la culpa de los padres. Es el resultado directo de haberse empezado á disciplinar al niño demasiado tarde, lo que á veces significa que no se ha empezado nunca; pues la temprana excusa de que el niño es demasiado chico para ser mejor ó para enseñarle, se la sostiene mes tras mes indefinidamente hasta que el niño se vuelve el tirano de la familia, ingobernable antes de que se haya hecho un esfuerzo para encaminarle.

El tiempo para empezar es cuando nace el niño. Dirigiéndole firme é inteligentemente desde el principio se le influirá bien, y poco á poco el nene aprenderá que la madre es su maestro y director.

SU PRIMERA CULPA

Á menos que la mala conducta no haya causado un daño grave é intencional, no se debería castigar severamente al niño por la primera culpa. Se le debería explicar ampliamente la naturaleza de su culpa y si entonces el niño persiste en hacer el mal, se debería tomar medidas que le hagan acordarse.

CASTIGOS SUMARIOS

Rara vez se debería castigar á los niños inmediatamente después de descubrir su ofensa. Tienen el derecho de que se les escuche y no se les puede negar en justicia. Se reconoce este principio en los juzgados hasta á los criminales más endurecidos, y con cuánta mayor razón debería ser concedido este privilegio por los padres, quienes durante los años más tiernos del niño, están para él en lugar de Dios.

Además, vale la pena pasar tiempo con los niños, escuchando sus razones y explicándoles en lenguaje que puedan comprender bien, el por qué de cada censura, reprensión y castigo.

Se debería dar tiempo al niño para que pensase y se diese cuenta del mal que ha hecho, y el padre debería darse tiempo para reflexionar

y considerar detenidamente. Se puede enviar al niño á su cuarto, ó sentarle en una silleta hasta que haya tiempo de tratar y ocuparse del caso con cuidado, ternura é inteligencia.

CASTIGOS ARBITRARIOS

No se debería castigar, reconvenir y ordenar arbitrariamente. Sin embargo, la palabra de los padres debería ser ley del niño, y se le debería enseñar que la obediencia es el más importante de todos los requisitos. De hecho, es la esencia de casi todos los requisitos. Pero cuán imposible es enseñar á un niño á que tenga confianza en sí mismo, á que sea resuelto é inteligentemente responsable de sus actos — cuán imposibles los esfuerzos para asegurarse su ayuda y cooperación voluntaria, si tiene que obedecer arbitrariamente, obrar sin razonar, ser retado impulsivamente y castigado sin saber por qué.

No se debería castigar hasta que el padre esté seguro de que el niño comprende la naturaleza de su error y el por qué del castigo.

Esto es de la mayor importancia cuando se hace necesario á veces castigar severamente. Bajo ninguna condición se debería azotar á un niño hasta que se le haya explicado ampliamente las razones y necesidad para ello; y las explicaciones y la corrección debería ser de naturaleza á asegurarse el cariño y la confianza del niño, en lugar de despertar su cólera y aborrecimiento, como acontece tan á menudo.

Deberíamos ponernos en lugar del niño, ver las cosas con los ojos del niño, sentir como la hijita siente, y no herir nunca los tiernos corazones á no ser para bendecirlos.

Vale la pena, tanto como valen esas pequeñas joyas, asegurar su confianza sin que tengan dudas y hacerles sentir y saber que sus padres son los guías y consejeros más seguros y mejores de todo el mundo. Atraed luego á los niños hacia vosotros con lazos que no puedan ser rotos, recordando que el amor es sólo duradero cuando obra con inteligencia. Los castigos administrados con cólera participan de la naturaleza de una riña de familia, y sirven para endurecer el corazón tierno y enajenar al hijo de sus padres.

No se puede condenar con bastante severidad la mala costumbre que tienen algunos padres de entablar disputas con sus hijos. Así se acostumbran á contradecir y disputar, y rebaja la disciplina del hogar al bajo nivel de una lucha de palabras.

ENSEÑESELES A SER VERACES

La mayor parte de los niños son naturalmente veraces. La falsedad por lo general es el fruto de la educación ya sea debido al ejemplo ó á los castigos.

El mal ejemplo es dado casi tan á menudo por padres reconocidamente verídicos como por aquellos cuya perfidia es notoria. No es difícil comprender cómo mentirosos rematados en-

señarán á sus hijos con su ejemplo á ser mentirosos; ¿pero cómo les influirá el ejemplo de los padres que no suelen mentir intencionadamente? Es una desgracia, sin que por eso deje de ser un hecho, que la mayor parte de los padres no se cuidan de cumplir con su palabra para con los niños. Se les promete premios y castigos sin que se tenga casi la intención de cumplir las promesas, y el hecho mismo de que los padres tienen el derecho de mandar parece hacerles creer á muchos de ellos que pueden jugar con sus palabras.

Los niños no tardan en notar el poco caso que los padres hacen de sus palabras, y aprenden á hacer otro tanto. No comprenden mucho de lo que es bueno y malo, y es el ejemplo de los padres que forma para los niños la ley de lo que es bueno y malo.

Hasta con los castigos se les enseña á ser mentirosos. Casi invariablemente las razas que suelen proceder sumariamente y aplicar castigos crueles son conocidas también por tener hijos notoriamente mentirosos. La vista del azote y el aspecto furioso de los padres aterrará al niño induciéndole á mentir. No se considera suficientemente la confesión de la falta ó la desobediencia, y el niño cree naturalmente que el castigo es el resultado de su confesión, aunque el padre le diga que es á causa del mal que hizo. Juancito garabatea con el lápiz en la pared, y confiesa inmediatamente que fué él quien lo hizo. Sin explicación alguna, su madre

le castiga severamente por su culpa. Es muy probable que el niño se negará á confesar su falta la próxima vez.

HAY QUE CASTIGAR CON TACTO

Siempre que sea posible, los castigos deberían aplicarse de suerte que el niño pueda ver claramente que son el resultado natural de su mala acción. Tales castigos no sólo reprueban sino que sirven además de enseñanza y corrección.

MALAS MANERAS

Si el niñito se olvida de quitarse el sombrero al entrar á casa, exíjasele que salga y entre una docena de veces, quitándose bien el sombrero cada vez.

Si persiste en botar su gorra al suelo ó sobre una silla, en lugar de colgarla en su propio lugar, se le puede curar radicalmente de su mala costumbre mandándole que salga y entre varias veces y que ponga la gorra en su sitio cada vez que entre.

Si un niño viene sucio á la mesa, no le hagáis caso y no le sirváis, mientras los otros empiezan á comer. Cuando pida comida, el padre le puede explicar bondadosamente que no se le puede servir á un niño sucio.

Contrarréstese la costumbre de interrumpir la conversación no dando atención á lo que dice el niño hasta que los otros hayan acabado de hablar. Se le puede impedir también del todo que diga lo que desea. Si persiste en su

mala costumbre cuando hay visitas, se le puede mandar á su cuarto hasta que éstas se hayan ido.

LAS PENDENCIAS

Si los niños pelean, sepáreseles, y no les permitáis volver á jugar juntos hasta que lo hagan con satisfacción y alegremente.

GOLPEAR LAS PUERTAS

Esta es una de las costumbres favoritas que tienen algunos niños para expresar su mal humor. Llámese al niño, y dígasele que se debe cerrar la puerta despacio. Exíjasele que abra y cierre bien la puerta durante diez minutos, ó hasta que haya aprendido á hacerlo delicadamente. Dígasele que tendrá que repetir esa práctica cada vez que golpee la puerta.

EL DESCUIDO

Cada vez que los niños dejen sus juguetes desparramados en lugar de ponerlos en sus lugares respectivos, se les puede confiscar y guardarlos seguramente por algunos días. Los niños aprenderán pronto á cuidar de sus cosas si quieren permanecer dueños de ellas.

Si algún niño rompe por falta de cuidado los juguetes de otro, debería reponerlos con los suyos propios, ó comprando otros con los centavos que ha estado ahorrando para algún propósito acariciado.

Siempre que un trabajo asignado haya sido descuidado ó hecho insatisfactoriamente, se debería mandar al niño al momento á que haga el trabajo debidamente ó se le exigirá que lo haga durante las horas de recreo.

RETARDOS

Cuando los niños lleguen tarde á la mesa por su propio descuido, niégueseles algún alimento que les guste mucho. Deberían acabar su comida cuando los otros miembros de la familia estén listos para levantarse de la mesa.

EL OLVIDO

Si se olvida algún encargo, se debería volver á mandar al niño inmediatamente. Se le puede amarrar una pita al dedo para ayudarle á acordarse, ó se le puede poner una tira de tela blanca al rededor del brazo con el siguiente letrero en letras grandes: "Acuérdate" que se le hace llevar durante un día. Esto ayudará maravillosamente su memoria.

HOLGAZANERIA

Si cuando se le envía á alguna comisión, el niño se queda jugando en el camino, ó si ha tardado más de lo que debía, no se le deje gozar de las cosas que fué á traer ó se le puede obligar á quedarse en su cuarto por tanto tiempo como él ha tenido á su madre esperándole.

CUENTOS

Cierta madre sensata logró desterrar el hábito desagradable que tenían sus hijos de que-

jarse y venir con cuentos, exigiéndoles que presentasen cada queja por escrito. El trabajo y tiempo requerido para hacer eso, para aprender á deletrear las palabras y dar forma á la sentencia, hizo que sus mentes tomaran otra dirección y las quejas perdieron toda su fuerza. Otra madre asentó la regla de que no se debía presentar ninguna queja antes de que hubiese pasado una hora desde el momento del agravio. No hay necesidad de decir que casi todas las quejas fueron olvidadas. Esfuerzos de esta naturaleza para desarraigar la fea costumbre de venir con chismes no deberían impedir que la madre sea menos cuidadosa y atenta á fin de que los niños no se tiranicen unos á otros.

NIÑOS MAL HUMORADOS

En los días calurosos, cuando mi niño de cinco años viene mal humorado, difícil de contener y en pie de guerra con todo el mundo en general, remedio las cosas del siguiente modo: lo pongo en una tina con agua tibia y le doy un cepillo, algo de jabón, y algunas botellitas encorchadas para que le sirvan de botes. Á los quince minutos más ó menos está listo para salir. Lo seco suavemente (no hay que frotar en días calurosos), le pongo ropa limpia, y poseo en él al chiquitín más placentero que puede haber en el mundo. Se ha divertido al paso que el tratamiento ha sido útil. Botellas de vidrio no serían seguras para todos los

niños. En tales casos se pueden usar pelotas de goma, ó largas canillas de madera reemplazarán ventajosamente á las botellas.—*María Parloa.*